

SUMARIO

<i>Introducción</i>	9
1. Ariadna: la iniciación	19
2. Las Ménades: la liberación	39
3. Pandora: los males ocultos.	59
4. Helena: la pasión	79
5. Las Amazonas: la lucha	101
6. Las Sibilas: la profecía	121
7. Circe: la seducción	143
8. Las Sirenas: la distracción	163
9. Penélope: la espera	185
10. Dánae: la fecundación	209
11. Andrómeda: las cadenas	227
12. Las Hespérides y el Jardín del Paraíso	245
<i>Epílogo</i>	265
<i>Bibliografía</i>	281

INTRODUCCIÓN

SIEMPRE NOS HA GUSTADO que nos cuenten historias. Para darle sentido al mundo hay que narrarlo de algún modo. Un mito –*mýthos*, en griego– significa relato. En la Grecia arcaica, los aedos o cantores recitaban las hazañas de seres primigenios que habían existido en tiempos remotos. Aquello que fijó por escrito un tal Homero eran cantos, porque las historias fluían en el aire entonadas por estos artistas rasgando las cuerdas de un instrumento que acompañaba el ritmo de los versos. Era un momento irrepetible de verdadera transmisión en el seno de las pequeñas comunidades. En esa escucha atenta se producía un calado lento de los mensajes subyacentes. Como decía Michel Clermont, esos relatos constituían una especie de lengua materna, inmediatamente accesible. No se trataba de simple entretenimiento. Nunca lo es. Los personajes, los retos, los símbolos se depositan en nuestro interior, generando un sustrato. Con cada historia que nos llega, nuestra percepción se amplifica y la mirada interna se agudiza. Los mitos y las leyendas enriquecen la vida sensible.

La cristalización de esa tradición oral en escritos nos ha permitido a todas las generaciones posteriores vislumbrar un universo maravilloso de metamorfosis sorprendentes, criaturas híbridas y geografías imaginarias. Y, a pesar de la

distancia que nos separa, hay algo en esos paisajes imposibles que nos resulta extraño y familiar a la vez. Extraño y familiar, dos sensaciones aparentemente contradictorias que confluyen. Cuando nos aproximamos a los mitos de cualquier civilización desde nuestra óptica moderna, nos aturden, al tiempo que nos atraen, sus sucesos ilógicos. La mente analítica intenta descifrarlos acumulando más y más información. Pero la ignorancia, como decía Krishnamurti, no radica en la falta de conocimientos librescos: la esencia de la ignorancia es la falta de conocimiento propio. Ahí es donde ese gran compendio de saber intuitivo contenido en la mitología se convierte en un pozo para nuestra sed de hoy, en este hoy en el que tenemos acceso a miles de datos con un solo clic, pero al mismo tiempo nos sentimos más abandonados y huérfanos que nunca. Nos preguntamos dónde estarán nuestros aedos, nuestros momentos divinos. ¿A qué lugar nos aproximamos en busca de eternidad? ¿A qué cima de qué montaña, a qué piedra de qué bosque? ¿Qué gestos nos mueven, qué ritos nos quedan? ¿Quién nos alumbra ese encuentro? Hemos desacralizado nuestro entorno y eso nos ha vaciado por dentro. ¿Cómo podríamos transitar entonces por los mitos, para hallar, como decía Jung, cuál es el nuestro y, de paso, atrevernos a vivirlo?

Cualquiera de esas historias milenarias cobra otro sentido cuando se establece una analogía con nuestras experiencias personales, cuando se meten bajo la piel y pulsan en nuestro interior. Eliade sostenía que el mito es una revelación de la vida divina del hombre. Precisamente por eso siempre ha estado ahí, desde tiempos inmemoriales. Ningún mito se inventa racionalmente, como apunta Helen M. Luke, debe

nacer del crisol de nuestras propias luchas y sufrimientos. No hay sociedad humana sin su mitología, del mismo modo que no hay psique humana que no produzca espontáneamente sueños cuando duerme. Las criaturas de la noche se despliegan en escenarios oníricos mientras nuestra voluntad no interviene. Otra cosa muy distinta es si después somos capaces de recordarlos, de convivir con ellos, si los aplastamos o los respetamos, si los seguimos o los descartamos, si los escribimos o los pintamos, como hicieron Remedios Varo o William Blake. Las obras de arte donde otros han proyectado sus mundos nos ayudan a compensar nuestras grietas internas.

Este libro no pretende explicar otra vez los mitos clásicos. Los mitos, con sus diferentes versiones, han sido ya contados. Existen miles de ensayos y diccionarios confeccionados por grandes eruditos con todas las fuentes de procedencia recopiladas. Quizá, como afirmaba Kirk, las paráfrasis modernas sobre mitos son más fieles a los enciclopedistas que a los poetas. Regresemos a las metáforas. Los mitos no son historias literalmente ciertas, sino simbólicamente preñadas de verdades. El lenguaje poético nos permite formular grandes preguntas con pocas palabras. Por eso el mito, que es poesía, es complejo y a la vez comprensible. Responde a otra lógica, a otro código, permite muchas aproximaciones, y se convierte en un abrevadero perenne. No se trata, pues, aquí, de poner atención en los hechos, las sagas o los autores, sino de explorar la resonancia que pueden provocar las esencias de cada historia en nosotros, ahora. Ser el diapasón que tiembla en el aire. Detectar en qué momento un relato universal toca una fibra personal para que el palpito interior se inicie, si es que estaba interrumpido. Observar en qué punto

conecta con algo que hemos sentido, intuitivo, percibido, pero nunca habíamos reconocido con claridad. Cómo recuperar esa sabiduría antigua para nuestra vida cotidiana.

Muchos mitógrafos han defendido que la mitología iniciaba al individuo en el inescrutable misterio del ser. Qué necesaria esa iniciación. En las historias antiguas, atemporales, se ha destilado tanto contenido humano que nos permiten siempre encontrar, de algún modo, un reflejo propio de aquello más hondo de nosotros que lleva tiempo dormido, y cuando nos alcanzan, el gran dragón que custodia nuestro tesoro personal, de repente, abre un ojo.

El trayecto del laberinto en doce figuras femeninas

El recorrido a través de doce figuras femeninas nos hace entrar en el paisaje de la mitología griega desde otra puerta. Doce es un número simbólico, que permite transitar por un sendero circular. Doce personajes, doce pasajes, como el giro de una rueda solar, como un ciclo anual o, mejor, como el toque de doce campanadas que dejan vibraciones. Y detenernos en lo que vibra, esa onda suspendida, casi imperceptible, pero real, única y compartida.

Todos los personajes femeninos escogidos son portadores de un mensaje encapsulado que se va abriendo a medida que se despliega el mito desde el lugar que ellas ocupan. Nada está contado siguiendo el esquema tradicional del desarrollo de la aventura, del inicio al final, con un protagonista principal y muchos verbos. Ni están ordenados por ciclo mítico, ni por cronología ni por geografías, ni por las distintas fuentes originales que se han conservado. Nos centramos en el papel

de una determinada figura femenina y sus analogías con la vida. Ellas son el umbral de acceso, la lente de enfoque. Juegan otro tipo de rol que, sin estar instalados en la acción, nos aporta otros rastros. No es la melodía fácil lo que vamos a oír, sino los acompañamientos delicados, donde nos escuchamos con el oído interior, donde nos vislumbramos veladamente, donde se nos interpela sobre temas eternos que se mueven en marañas personales. Zambrano sugería pensar con las entrañas. Tan fácil y tan difícil. Es más complejo acceder a lo subyacente, al tempo pausado por debajo del ritmo intenso, a lo dicho entre líneas, al trasfondo. Pero es en ese plano, por debajo, donde se produce una transformación silenciosa a la par que profunda. En ese juego de los espejos, quizá podamos ver algo, vernos, más allá de la trepidante actividad que, tanto en el mito como en la vida, nos tiene en un permanente desasosiego. Hay que descender, hacia el fondo, hacia dentro, hacia el centro.

Los personajes seleccionados son exclusivamente figuras femeninas y, tomando como eje su historia, siguiendo sus huellas, nos adentramos en territorios que nos son confusamente familiares. Nos detendremos en **Ariadna**, porque ella es la joven inteligente que ofrece el hilo salvador para poder salir del laberinto. Hilos como cuerdas, esas que nos sostienen en momentos cruciales, y sin las cuales ni Teseo ni nadie puede regresar de las oscuridades. Penetrar en lo oculto requiere valor. Por eso hablaremos de las **Ménades o Bacantes** que, como nos cuenta Eurípides, formaban parte de ritos dionisiacos donde todo lo reprimido emergía, en la lejanía del bosque nocturno, fuera de los muros de la ciudad, cerca del mundo salvaje, allí donde las convenciones y las

contenciones caen. Seguiremos los pasos de **Pandora**, cuando abre la caja prohibida y se esparcen los males por el mundo, porque cualquier transgresión acarrea sus consecuencias. Pandora fue concebida como castigo de los dioses para los seres humanos y fundó la raza de las hembras, unos seres que no pueden contener su curiosidad. Quizá debamos ver esa curiosidad como un instinto afilado, afinado, que persigue desvelar la verdad sobre unos males que han estado siempre entre nosotros. También nos fijaremos en la bella **Helena** y no en Paris, porque la guerra de Troya no estalla por cualquier motivo; hay que averiguar qué pasión descontrolada ha hecho arder algo importante, o en busca de qué somos capaces de pagar un alto precio. Como recitaba el poeta Margarit, «triste el que no ha perdido por amor una casa». Hay que ponderar en qué guerras nos enfrascamos, si tienen sentido. En un mundo tan competitivo parece que nos entrenan para combatir. La historia de **las Amazonas**, mujeres guerreras, nos hará reflexionar sobre ello. Ellas se enfrentaron contra los grandes héroes, de igual a igual, aunque perdieran. Entrar en conflicto contra todo nos aniquila. La tierra está agotada, nosotros también. El cansancio y el extravío nos empujan a buscar ayuda. Cuando las dudas nos paralizan y las dicotomías nos escinden, queremos hallar una voz oracular. Veremos que en la Hélade había santuarios específicos para aplacar esa llamada, lugares sagrados, y las célebres **Sibilas**, sacerdotisas que profetizaban el futuro gracias a su conexión con la divinidad. Las grandes preguntas sobre el devenir a menudo se responden de forma enigmática, *sibilina*. Ante grandes paradojas, la solución es poética. Nada es literal ni inmediato en el terreno de las almas. En el viaje de la vida

buscamos guías para esas áreas desconocidas que nos resultan inexplicables, que a ratos incluso nos sobrepasan y, si tenemos suerte, topamos con una **Circe**. La maga, concedora de alquimias y sortilegios, igual que nos convierte en animales, para revolcarnos en el lodo, nos instruye, obligándonos a llevar a cabo tareas duras como bajar al reino de las sombras y evaluar qué se ha muerto a nuestro alrededor. Nos vamos convirtiendo en nuestros propios guías cuando nos detenemos a hacer balance de lo vivido. ¿Cómo observar con ojos honestos lo que ha sucedido y lo que acontece? El trayecto de cada día está repleto de riesgos, algunos en forma de cantos de **Sirenas**, como exploraremos. Son atractivos, resbaladizos y pueden embarrancarnos en los escollos, es decir, detener nuestra evolución. Hoy en día, estamos muy entrenados para la evasión, la anestesia instantánea de la mente. Nos inducen a habitar únicamente la superficie fácil y cómoda de la actividad incesante, con pocas oportunidades para detenerla y aquietar la turbulencia. De ahí la relevancia de una figura como **Penélope**, el verdadero faro del aclamado Ulises. La espera y la resistencia son valores distintos pero fundamentales. No se trata de *llegar a*, sino de que el auténtico hogar exista y nos cobije. Penélope es el norte, un puerto, lo que se encuentra al alzar la vista y adquirir perspectiva para seguir navegando. Ítaca como metáfora. Tejer como símbolo. «Se hace camino al andar», decía Machado. El retorno es lento, el del héroe a su hogar, el del peregrino a su punto de partida, el de cada uno hacia uno mismo, del mar abierto hacia la isla, tu isla. Como en las crisálidas, las alas delicadas de la mariposa se van confeccionando cuidadosamente en su seno y hasta que no estén desarrolladas no volará. Los ciclos naturales no

se pueden forzar ni detener. «La vida empuja como un aullido interminable», escribió Goytisoló. Nos lo enseña **Dánae**, a la que encarcelaron en una crisálida impuesta, una cámara acorazada por donde las gotas doradas del cielo se filtraron y fecundaron nuevos latidos en su vientre. A veces, en fases introspectivas, parimos una simiente nueva, un nuevo sentido, más horizontes. Las lluvias siempre han fecundado los campos para dar fruto. Dioses y diosas del cielo y la tierra ya están presentes en las primeras civilizaciones. De esa unión nace el brote verde, la esperanza, y también el grano, que es el alimento, la nueva vida, sin cárceles. Las simientes se riegan y las plantas florecen. Anhelamos esas primaveras personales porque, si los días son grises, nos sentimos apáticos, esposados. Es el turno para hablar de **Andrómeda**, la encadenada, y no de Perseo, el rescatador, porque se trata de ver qué encadenamos cuando sacrificamos nuestra parte vital, dónde está el monstruo que nos asedia y qué nos impide liberarnos. Visitaremos, para finalizar, a las **Hespérides**, ninfas del ocaso, que vivían en un jardín de frutos dorados. En la Tierra hemos imitado siempre esos paraísos para superar la fatiga humana. No en vano, el Jardín de las Hespérides estaba en el oeste, donde se pone el sol, porque es al final del día, en el otoño del año, en la madurez de la vida, con mucho viaje a la espalda, cuando le sabemos otorgar más valor a ese metal preciado, que no es un oro material sino espiritual. El oro de los alquimistas. Como recitó Proust: «los verdaderos paraísos son los paraísos perdidos. Y no figuran en los mapas, porque son estados del corazón».

Son, pues, doce flores para abrir, doce madejas con las que tejer, doce reflexiones sobre el devenir con nombre de mujer.

Sus cadencias melodiosas, quizá, tan solo quizá, nos inspiren, o nos susurren al oído algo que nos acompañará un poco más a transitar por el mundo sin sentirnos tan solos.